

GÉNESIS A APOCALIPSIS

LECTURA XI — EL APOCALIPSIS

Ahora llegamos al último libro de todos, el final del libro inspirado. No podría haber nada más allá de Apocalipsis, el despliegue, el encabezamiento de todos los designios y consejos de Dios, la introducción en plena luz de aquello que ha sido mantenido en secreto; el carácter desde la fundación del mundo: el carácter de Dios ahora claramente desplegado ante los ojos de todos. Es muy sorprendente ver el alcance de este libro. Ya estamos alcanzando la misma eternidad; mirando las cosas desde el mismo punto de vista de Dios, —como si nosotros mismos, fuera del tiempo, y lugar, sobre el monte con Dios mirando sobre toda la creación, y viendo en ella su maldad, locura, y rebelión, todo llevado bajo la poderosa mano de Aquel que debe reinar hasta poner a todos Sus enemigos debajo de Sus pies, y Dios mismo entonces será todo en todos.

Siento dudas al tomar tal libro. No me siento capaz para tal tarea; —poner ante otros su maravillosa plenitud. Y aun así somos estimulados desde el mismo comienzo, a tomarlo en simple dependencia de Aquel que nos ha dicho, “*toda Escritura es dada por inspiración de Dios, y útil para doctrina, reprensión, corrección, instrucción en justicia*”. El v.3, en el primer capítulo, presenta un estímulo que sugiere al mismo tiempo el peligro de descuidar este libro. Podría decir que no hay porción de las Escrituras, probablemente, que ha sido más descuidada, menos creída que este mismo libro de Apocalipsis; y como resultado eso que es desplegado es extraño y nuevo para muchos. Gracias a Dios Él ha estado abriendo para nosotros este libro, y podemos comprender algo de esta bendición: “*bienaventurado el que lee y los que escuchan las palabras de esta profecía, porque el tiempo está cerca*”.

“*Bienaventurado el que lee*”. Uno podría decir, no puedo comprender estos maravillosos símbolos que abundan a través de todo el libro, cosas que han sido ocultas de los sabios y prudentes. ¡Ah! Note que no se dice, bienaventurados los que comprenden, sino “*Bienaventurado el que lee, y los que escuchan las palabras de esta profecía*”. Eso es algo más que el mero oír audibles palabras. Escuchar en las Escrituras siempre está conectado con el corazón: “*escuchad y vuestra alma vivirá*”. Esta es la apertura del corazón a la verdad; y la bendición es pronunciada a aquellos que leen y abren sus corazones a la Palabra; y el resultado es que ellos guardarán las cosas escritas en él. Y después de ese solemne pensamiento, el tiempo está cerca. Nadie puede verdaderamente comprender el libro de Apocalipsis, si no realiza algo del valor por una parte y la solemnidad, por la

otra, de estas simples palabras, “*el tiempo está cerca*”.

Hay también otro estímulo para tomar el libro, que también indica el espíritu en el cual debemos estudiarlo, que es muy precioso para mí. El apóstol pone ante nosotros, como usted sabe, en este capítulo introductorio, algo en cuanto a la venida del Señor; pero antes de decir algo en cuanto a eso, introduce una preciosa verdad fundamental. “*Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con Su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a Él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por Él. Sí, amén*”. Esto nos presenta el espíritu en que debemos tomar y examinar los contenidos de este libro. Somos redimidos, tenemos que hacer con Uno que está sentado sobre el trono de gloria, que ha tomado el libro de la mano derecha de Aquel que estaba sentado sobre el trono, ejerciendo todo el juicio que le ha sido dado por el Padre, hasta que finalmente Él viene con los ejércitos del cielo para ejecutar el juicio final sobre la tierra. Cual sea el carácter en el cual Él sea presentado, es aún Aquel que nos ama; este es Aquel que nos ha comprado, y lavado de nuestros pecados en Su propia sangre; es como redimidos que Él nos ha dado a conocer estas cosas.

¡Qué confianza podemos entonces tener al tomar este libro! Y vemos las terribles escenas de juicio, siguiéndose una tras otra en sucesión en el panorama en que Dios las hace pasar ante nosotros, podemos agradecer por Aquel que nos amó, y lavó de nuestros pecados en Su propia sangre. ¡Ah! Hermanos, debemos estar sobre todo esto, estaremos entonces en lo alto, y miraremos sobre todo con Cristo, y compartiremos con Él la gloria cuando veamos estos juicios.

Por otra parte, lo opuesto a eso— “*He aquí viene con las nubes, y todo ojo le verá*”. Nosotros le conocemos como Aquel que nos ama, y quien nos ha lavado de nuestros pecados, y nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios Su Padre. Pero para el mundo, le conocemos como Aquel que viene con las nubes, y todo ojo le verá; y los que le traspasaron; y todas las tribus de la tierra se lamentarán a causa de Él. Aun así, podemos añadir nuestra palabra, “*Ven, si, amén*”. Estamos tratando con Aquel que va a juzgar todo, pero que es también nuestro Redentor.

¿Cuál es el efecto de esto? Justo lo que usted encontrará que es el efecto de toda la preciosa verdad de Dios: Su gracia nos da confianza, y un sentido de cercanía en posición y relación. Sus juicios nos solemnizan, y nos guían a ver lo que es el pecado, nos dan ese temor de Dios que siempre acompaña todo verdadero conocimiento de la gracia, y nos hace realizar también que estamos en un mundo sujeto a juicio.

De este modo encontramos eso que bendecirá nuestras almas, y nos llevará más cerca que nunca en la bendita comunión con Dios, que nos ha dado esta revelación. Él nos dice que ésta es una revelación, no algo oculto, sino algo desplegado para que nosotros lo comprendamos. Esto nos lleva a los contenidos del libro y su alcance. El lector más superficial que está familiarizado con toda

la Escritura sabrá que ésta se divide fácilmente en dos partes. Los primeros tres capítulos tratan de la iglesia como un vaso responsable de testimonio sobre la tierra en esta dispensación cristiana. El resto del libro, del capítulo cuatro adelante hasta el veintidós, trata claramente con lo que no es la iglesia, sino con la tierra en general, hasta que llegamos al final de la etapa donde encontramos nuevamente a la iglesia desplegada en gloria.

En cuanto a la primera parte, usted está familiarizado con su carácter general, y no necesito más que señalar algunas de sus características. Tenemos, ante todo, el capítulo introductorio que pone ante nosotros al Señor Jesús en Su carácter sacerdotal, como Aquel que anda en medio de los candeleros para juzgarlos. Los candeleros son las siete iglesias, se nos dice, con las estrellas en lugar de luces, y esto se nos dice que son los ángeles de las siete iglesias. El candelero es el vaso de testimonio, eso que porta luz.

El Señor no es visto aquí como Salvador, ni como Cabeza de la iglesia. Él aparece con Sus ojos como llama de fuego, sondeando las cosas secretas, probando todo por Su santidad, y pronunciando Su juicio sobre cada testimonio que ha dejado en el mundo. Esa es la actitud en la cual es presentado.

En cuanto a la iglesia, la vemos como candelero de oro, el oro nos habla de la gloria divina con que ella está dotada en privilegio, y después la estrella, que es el ángel de la iglesia, representa esa luz que viene del cielo y que ha sido confiada a la iglesia, responsabilidad en testimonio en un mundo oscuro como éste. Hay siete candeleros, y estos nos presenta a las siete iglesias de Asia, como ellas son enumeradas— Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea, —todas estas iglesias existían en días de Juan, y con el carácter que el Señor juzga aquí. Tenemos indudablemente en vista más que eso. Tenemos, en esta séptuple historia de la iglesia, el despliegue de todo el período de la iglesia durante el cual ella existe sobre la tierra, comenzando como lo hace con Éfeso y terminando con Laodicea.

Tenemos, simbólicamente, la iglesia desde los días de los apóstoles hasta la venida del Señor. Cuando las tomamos, las características se desarrollan en una forma y orden muy claro. Primero, tenemos las iglesias juntas, terminando con Tiatira, donde por primera vez se menciona la venida del Señor como la esperanza que está ante Su pueblo. Después tenemos las otras tres juntas— Sardis, Filadelfia y Laodicea. En las cuatro primeras iglesias tenemos muy sorprendentemente agrupadas el lado terrenal de la iglesia, terminando vívidamente con Tiatira, que habla de ese gran sistema-mundo de Roma, desarrollado desde Babilonia, posteriormente en este libro. Primero en estas tenemos a Éfeso y Esmirna unidas por el hecho que en ambas tenemos mucho bien, y Pérgamo y Tiatira unidas porque hay mucho mal en ellas. Esa misma división de estas cuatro iglesias en dos y dos, sugiere el mal que se encuentra en la historia de la iglesia. ¡Qué solemne es cuando Dios va a desplegarlos la historia de Su iglesia nos presenta el pensamiento clave, que éste es un

desarrollo del mal! ¿Qué significa esto? No ciertamente que la verdadera iglesia es mala, tampoco que no haya mucho bien en cada una de estas cuatro iglesias. Pero ¡lamentablemente! Principios de mal están obrando, justo como vemos esto en las siete parábolas del reino, en Mt.13, que nos guían al final de lo que tenemos en Laodicea. Considerémoslas por unos breves momentos.

¿Qué es lo que caracteriza a Éfeso? Mucha labor y paciencia; intolerancia de malos hombres y doctrinas; mucha obra fiel, —pero “*tengo contra ti que has dejado tu primer amor*”. Esto es alejamiento del primer amor; y queridos hermanos, ya sea en un individuo o una iglesia, esa es la señal de alejamiento final del Señor. ¿Qué es lo que caracteriza el declinamiento en nuestras almas? No es caer en algún pecado grosero, primeramente. La primera cosa es el olvido, alejamiento del primer amor; y así es con la iglesia. Tenemos, después, el oscuro período a través del cual ella ha pasado, vemos la lamentable condición en la que fue llevada, pero la raíz de todo la encontramos en Éfeso. ¡Oh! El amor de tus desposorios, de lo cual habla el Señor, el tiempo cuando Israel era santo al Señor. Dios recuerda el primer amor de ella. La recuerda en Ezeq.16, el tiempo que fue un tiempo de amor, cuando Dios encontró a Israel, y cuando la sedujo y la atrajo a Sí mismo. Así es con la iglesia. Allí hubo un tiempo de amor, en Pentecostés en la primitiva historia de la iglesia apostólica; Cristo era todo, el yo nada; sus mismos bienes eran indignos, excepto como dados a Él. Cristo era todo. ¡Lamentablemente!, la historia de la iglesia comienza con alejamiento del primer amor.

Después en Esmirna vemos la fidelidad de Dios introduciéndose quizás en una forma extraña. Él permite al enemigo la libertad de caer sobre la iglesia y usar todo su poder para destruirla. La persecución se introduce con Esmirna, y de acuerdo con ello no encontramos allí ninguna palabra de reprensión. Usted encuentra muy sugestivamente aún en Esmirna, el judaizar; estos que dicen ser judíos y no lo son. Y esa es la historia actual de la iglesia después del tiempo de los apóstoles. Persecución por una parte mantuvo a la iglesia exteriormente pura, impidiendo que ella cayese en corrupción, volviéndola en algún grado a su primer amor, pero, por otra parte, ¡lamentablemente!, continúa esta tendencia a introducir la ley y ordenanzas, que llega a su pleno crecimiento en Tiatira, la iglesia de Roma. Estas son las primeras iglesias— alejamiento del primer amor, y la misericordiosa restauración, a través de la gracia de Dios, a través de la persecución.

Después tenemos las próximas dos, Pérgamo y Tiatira. Pérgamo nos presenta la raíz de la cual crece Tiatira, “*moras donde está el trono de Satanás*”. El establecimiento en el mundo, la unión con el mundo como perteneciendo a éste. Este fue el próximo paso en la historia de la iglesia. Después de las terribles persecuciones durante los primeros siglos, Satanás trató, como lo hace a menudo, de corromper por medio de atraer al mundo. Cuando la persecución terminó, hubo un aparente y sorprendente avance, una maravillosa extensión del cristianismo. Constantino es llamado el primer emperador cristiano.

Encontraremos a la iglesia y el estado, unidos bajo él, una aparentemente maravillosa victoria del cristianismo. Pero la iglesia ha dejado de ser una virgen pura desposada a Cristo. Aquí ella está enlazada al mundo, ¿y cuál es el resultado? Tiatira, ese sistema donde la mujer Jezabel domina, esa terrible ramera que corrompe en lugar de ayudar al mundo, cuya presencia es un poder contaminante. Este es el sistema donde la mujer, la iglesia profesante, usurpa el lugar de Cristo y viene a ser maestro, llamándose a sí misma profetiza, por lo cual el Espíritu la designa llamándola Jezabel. Ella se encuentra en todo su poder aquí; y ese el fin de la historia de la iglesia en lo que concierne a la tierra. Encontramos que Tiatira va hasta el fin. Las características de Éfeso, Esmirna, y Pérgamo se han mezclado en el carácter de Tiatira. Y aquí, como he dicho antes, tenemos por primera vez la venida del Señor como la única esperanza de Su pueblo.

Eso deja a las otras tres iglesias como presentándonos otras características. Sardis es la iglesia reformada, como es llamada ella es muy notablemente descrita *“tienes nombre de que vives y estás muerta”*. Solemnes palabras para estos que han sido libertados de las corrupciones de Roma, con su esclavitud y supersticiones, y llevados al lugar de luz, aun así, sólo con un nombre de vivir— una profesión. Es eso lo que caracteriza el protestantismo, una profesión de vida. No hablo del remanente del pueblo del Señor aquí o en Tiatira, sino del carácter general de estas iglesias. Un nombre de vivir es lo que tiene el protestantismo; más particularmente las iglesias nacionales que se han levantado de la Reforma. En ellas la unión entre iglesia y estado aún es mantenida, tal como las encontramos en Alemania, Inglaterra, Escocia, y aun en Francia.

Filadelfia, por otra parte, nos presenta lo que Dios hace. Dios en Su misericordia ciertamente sacó a la luz la preciosa verdad con respecto a la salvación en el tiempo de la Reforma, la verdad de la justificación por la fe, sobre todo; pero en Filadelfia tenemos algo más. Su mismo nombre es sugestivo. Esta significa amor fraternal; pero si usted lo nota, el amor fraternal no es descrito más lejos, salvo en que lo encontramos mostrado en obediencia y lealtad a Cristo. Verdadero amor de los hermanos es mostrado por consagración, sujeción a Cristo. *“Has guardado Mi palabra y no has negado Mi nombre”*.

Creo que la historia de Filadelfia comenzó mucho antes de que ésta tuviese una expresión en un testimonio absolutamente escritural. Creo que comenzó en el deseo en personas piadosas, que se separaron de los sistemas eclesiásticos a los cuales he aludido bajo el nombre de Sardis; estos, por ejemplo, no deseaban estar enlazados con el mundo, y no creían en la unión de iglesia y estado. Estos creo que fueron los primeros comienzos del testimonio de Filadelfia. Muchas separaciones tuvieron lugar por parte de estos hombres piadosos, quizás, por doscientos años, cuando el testimonio corporativo de pequeñas compañías fue establecido. Un testimonio, digo, en separación del mundo, por una parte, y marcado también por la unión de santos en piadosa comunión, con una disciplina

y orden, algo al menos, de acuerdo con la palabra de Dios. Creo que el origen de las sectas Bautistas, Metodistas, y otras denominaciones cristianas, y posteriormente el establecimiento de la Iglesia Libre de Escocia, fue una obra del Espíritu de Dios, en que almas sinceras estaban sintiendo conforme a eso que respondería al corazón y pensamiento de Cristo, en cuanto a la santidad y un camino conforme a Su palabra.

Lejos sea de mí, por supuesto, aprobar todo lo que ellos hicieron, o decir que ellos han tenido plena luz. Pero en alguna medida hubo allí una obra del Espíritu Santo entre ellos. ¡Lamentablemente!, miremos alrededor hoy, ¿y qué vemos entre estos mismos, que en el comienzo han salido y actuado para Dios en esta forma? Ellos son edificados en dos grandes sistemas del mundo, establecidos de tal modo que ellos no tienen más el carácter de peregrinos, que debiese caracterizar el verdadero testimonio de la iglesia de Cristo. Ellos nuevamente se parecen a Sardis justo como Sardis se parece a Tiatira. La tendencia de todo es volver atrás, a la corrupción que habían dejado.

Creo que, como tenemos la promesa de la venida del Señor presentada en Filadelfia, del mismo modo tenemos la confortante seguridad de que habrá un testimonio para el Señor mantenido hasta el fin, un testimonio que está marcado por dos cosas: ante todo es mantener firme la palabra de Cristo, y segundo, no negar Su nombre. La palabra de Cristo es la palabra de Dios, y lo que caracteriza a todo verdadero testimonio para Él es dar un perfecto lugar a la palabra de Dios desde comienzo a fin, en nuestras vidas y testimonio. El nombre de Cristo sugiere Su autoridad, y la plena suficiencia de Su bendita Persona, nos sugiere que Él mismo es el centro dominante, el objeto que atrae y mantiene junto a Su pueblo. La palabra y nombre de Cristo, —es amor a los hermanos. Si amo a mis hermanos, me aferraré a la palabra de Cristo y no negaré Su nombre, pero ¡Ah! Si pongo el amor a los hermanos primero, olvidaré lo que es debido a Cristo y Su honor. Ese es el secreto de todo declinamiento del verdadero espíritu filadelfiano.

Permítanme decir una palabra en cuanto a eso para nuestras conciencias. Mientras no dudo en decir que nosotros, por la gracia de Dios, estamos tratando de mantener un carácter filadelfiano, debemos por otra parte, ser muy cuidadosos y estar en guardia contra cualquiera asunción de que somos ese maravilloso pueblo. Queridos hermanos, cuando pienso cómo Dios nos ha abierto Su palabra como nunca, no tengo dudas al decir que nunca desde los días de los apóstoles, ni siquiera en el tiempo de Martín Lutero en la Reforma, la palabra de Dios ha sido abierta como estos últimos años— cuando pienso en ello, digo, ¡Qué responsabilidad! ¿Vamos a jactarnos de que tenemos una Biblia abierta y que la comprendemos, y de que tenemos cierto testimonio que mantener?

Si nos jactamos, encuentro que jactarse no es característica de Filadelfia, sino de Laodicea. Es Laodicea quien dice, “*soy rico, y me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada*”. ¡Ah!, Laodicea se jacta de su propia suficiencia. La misericordia solamente puede decir de ella, “*no sabes que eres miserable, pobre,*

ciego y desnudo”. Guardémonos del orgullo, y de la suficiencia propia. Lo que caracteriza el testimonio de un remanente es siempre un espíritu de duelo y tristeza y confesión. Un espíritu de verdadera contrición, un corazón quebrantado es uno que el Señor espera. Un corazón contrito y quebrantado es el lugar donde Él tiene Su habitación, y sólo allí. De este modo tenemos al final de la historia de la iglesia dos condiciones contrastadas. Sardis nos presenta el protestantismo como un sistema, pero Filadelfia y Laodicea nos presentan dos estados en conexión con un testimonio escritural. Filadelfia tiene poco poder—hay mucha debilidad, —pero hay allí un humilde y firme esfuerzo por aferrarse al Señor y Su nombre. Laodicea por el contrario se caracteriza por satisfacción y jactancia propia. ¿Estoy muy errado cuando digo que el laodiceano en su pleno desarrollo parece ser uno que tiene la luz de Filadelfia sin la conciencia de Filadelfia? La luz de Filadelfia ¿pero usándola para sí misma, jactándose en aquello que debiese exaltar sólo a Cristo?

Y de este modo termina la historia de la iglesia. Estoy seguro de que nos encontramos justamente en el fin. No hay nada más que deba desarrollarse en la historia de la iglesia. De manera que podemos ver cuán cerca debe estar la venida del Señor. Eso nos muestra la primera división del libro.

Encontraremos al comienzo del cap.4, un claro cambio en el lenguaje, sujeto y posición. El apóstol ve una puerta abierta en el cielo, él ha visto al Señor antes de eso, observado a la iglesia sobre la tierra; él es ahora tomado arriba y ve en gloria a esa misma iglesia, que él ha visto en testimonio sobre la tierra. Porque encontramos en estos 24 ancianos a toda la familia del pueblo de Dios, no excluyendo a los santos de otras dispensaciones, haciendo una completa familia sacerdotal. Veinticuatro ancianos nos presentan en esa forma a todo el sacerdocio, con coronas sobre sus cabezas, lo que nos sugiere que la realeza también es suya, y que responde bellamente al doble lugar de bendición, que el apóstol ya había mencionado cuando dice, que Cristo nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios Su Padre.

Esta parte del libro se divide en siete porciones marcadas muy claramente, que notaremos antes de entrar un poco en los detalles. Tenemos primero el trono de Dios y del Cordero, y los siete sellos, como la primera división desde el cap.4 al 7. Después, desde el cap.8:9, se trata de los juicios de las siete trompetas. Comenzando con el último verso del cap.11, y yendo a través del cap.13 tenemos a Satanás, la bestia y el anticristo. Como una cuarta división tenemos el cap.14, donde vemos a 144.000 sobre el monte Sion, por un lado, y el juicio de la ramera y el mundo por el otro. En los capítulos 15 y 16, tenemos las siete copas, las siete últimas plagas, —la quinta división; mientras la sexta es el juicio de Babilonia, que se nos presenta en el cap.17 y 18, y los primeros versos del cap.19. La séptima y última división se nos presenta al final en la culminación de todo esto, desde el cap.19:7 hasta el fin, donde tenemos las bodas del Cordero, el juicio de las naciones, la resurrección de los muertos, el juicio de Satanás, de las naciones después del milenio, y la gloria final.

Primero tenemos el trono de Dios. Hay una cosa que es particularmente notable además de la gloria y es el arco iris alrededor del trono. Estamos siendo introducidos aquí a los terribles juicios que serán derramados sobre la tierra. El trono del Dios Todopoderoso es establecido para ejecutar estos juicios. Pero vemos primero el trono de gloria rodeado por un arco iris. Esta es la promesa del inmutable pacto de Dios con la tierra, el arco iris de promesa que Él puso en las nubes muestra que Él nunca más volverá a destruir la tierra. Usted debe recordar, que Él puso Su arco en las nubes, y dijo que cuando trajese nubes sobre la tierra Él también pondría Su arco allí, para que supiesen que las nubes no traerían otra destrucción como aquella del diluvio. ¡Ah! ¡Qué oscura nube se está posando sobre la tierra en estas terribles descripciones! Aquí seguimos a un juicio tras otro barriendo la tierra. ¡Cuán precioso es estar seguros de que ésta es todavía el objeto de los inmutables consejos de Dios, que ésta no perecerá, y que estos juicios son sólo la oscura nube que trae la fertilizante lluvia!

La próxima cosa que nos sorprende en esta primera parte (por supuesto no podemos pretender considerarlo verso tras verso) es la presencia de los seres vivientes. Estos son cuatro, usted recuerda, los hemos visto tipificando los variados caracteres de juicio en que está nuestro Señor, caracteres que también Él ha llevado. Aquí tenemos a estos cuatro seres vivientes típicas del poder providencial de Dios, que debe ejecutar juicio sobre la tierra.

Ahora miramos la diestra de Aquel que está sentado sobre el trono, y vemos un libro en que el relato de todos estos juicios está contenido, ese libro está escrito por dentro y por fuera, pero sellado con siete sellos. Hasta que ese libro es abierto y sus secretos dados a conocer, y todos los juicios en él ejecutados, no puede haber bendición sobre la tierra. Cuando se publica el desafío para que alguno pueda venir y abrir el libro, éste queda sin ser respondido. El cielo no contiene a nadie digno para hacer esto, y ciertamente tampoco la tierra, —nadie es digno ni siquiera de mirarlo. Juan llora mucho, pero es asegurado que hay Uno digno, un León, cuyo gran poder es capaz de ejecutar cada juicio que, en ese libro contiene Uno realmente digno de ejecutarlos todos— el León de la tribu de Judá ha vencido, Él ha logrado esto como un derecho para desatar los sellos y mirar este libro.

Juan mira, y ve con el ojo de la fe, bendito sea Dios, justo aquello de lo que he estado hablando desde el comienzo; él ve un Cordero como inmolado. Y como he estado diciendo, estamos tratando con el juicio, pero éste es encomendado a Aquel que nos ama, y nos lavó de nuestros pecados en Su propia sangre. Él viene y toma el libro de la mano de Aquel que estaba sentado en el trono, y todo el cielo y la tierra prorrumpen en alabanzas a Aquel que está sobre el trono y el Cordero. Cuando el Señor, el Cordero y León de Dios, tome Su gran poder y reine, habrá alabanza, bendición y adoración como nunca ha habido antes, y en estas maravillosas escenas en el cap.5 de Apocalipsis, tenemos una anticipación del fin de todo juicio. *“Bendición, honor, gloria, y poder sean al que está sentado sobre el trono y al Cordero por los siglos de los siglos”*.

Él toma el libro y desata sus sellos uno tras otro. ¡Qué revelación es ésta!, comenzando con el cap.6. Al comienzo de los cuatro sellos cada uno de los seres vivientes dice, “ven”. Esto parece sugerir que como Cristo fue rechazado, Él ahora envía el apropiado juicio. El primer sello nos presenta un caballo blanco, la nube y el arco, que significan conquista universal por parte de un poderoso conquistador en los últimos días. Ellos no quisieron al Cordero, al verdadero Rey, y tendrán a uno que sugiere a la bestia, en el cap.13. El segundo es un caballo rojo, que nos habla de carnicería y derramamiento de sangre. Como ellos no quisieron al pacífico buey, Cristo como presentado en Marcos, ahora la paz es quitada de la tierra. En el tercer caballo, tenemos el hambre, el hombre sobre un caballo negro y en su mano la balanza. Ellos rechazaron al Hombre que los habría alimentado con la abundancia de la casa del Padre, como en Lucas. Y finalmente, en el cuarto sello, tenemos esa terrible muerte y hades representado por el caballo amarillo. Ellos rechazaron la vida eterna, como en Juan, y ahora la vida es quitada de los que moran sobre la tierra.

En estos cuatro sellos tenemos juicios preliminares, primero conquista, después matanzas, posteriormente hambre, y finalmente muerte, que es la introducción a los juicios que han de tener lugar sobre el mundo. En el quinto sello tenemos las almas de los santos que son vistos bajo el altar; persecución y evidentemente ejecución. ¡Cuán bello es esto! Cuando se trata de juicio sobre la tierra, los vemos efectuados; cuando es persecución de los santos, vemos sus espíritus en el cielo. En el sexto sello tenemos lo que parece destruir todo. Cada cosa parece haber sido hecha pedazos. Pienso que estos símbolos hablan principalmente de la confusión, desolación y anarquía que existirá en el mundo político y religioso cuando estas cosas sucedan: una confusión que guiará a los hombres a pensar que el gran día del Señor ha llegado. Después de eso, en el cap.7, tenemos, no el séptimo sello, como podría esperarse, sino otra forma de sello. Un sello es puesto sobre las frentes del pueblo terrenal de Dios, Israel. Los redimidos entre las naciones también son vistos, pero no la iglesia, que no pasará a través de la Gran Tribulación. Como hemos visto en Ezeq.9, a ese hombre con el tintero para marcar con el sello de Dios a todos los que gimen por las abominaciones que se hacían en Jerusalén. Creo que este intervalo toma el lugar del séptimo sello y es como, una vista perspectiva de Dios, permitiéndonos mirar hacia adelante al fin de todo. ¿Y qué vemos allí? Un remanente librado a través de los juicios que deben ser desplegados en las siete trompetas. Estos son los que han pasado— no solamente a través de gran tribulación, sino— a través de la Gran Tribulación, quienes han sido llevados a salvo al otro lado. Esta es una visión de aquellos que entrarán en la bendición del reino milenial con el Señor.

Eso nos lleva a la segunda porción: El séptimo sello que, como usted ha notado, no es descrito, y que parece estar conectado con todo lo que sigue. Parece como si, para romper el último eslabón que sostiene el libro junto de modo que este es ahora desenrollado y en estas siete trompetas y lo que sigue tenemos más particularmente los actuales y efectivos juicios que estaban escritos en el libro.

¡Cuán solemne es el pensamiento que los sellos, terribles como son, sean simplemente juicios preliminares!

En cuanto a las trompetas, tomándolas juntas, nos presentan el desarrollo en una forma similar a los sellos. Tenemos seis trompetas y un intervalo; y en ese intervalo tenemos el libro pequeño y los dos testigos dando su testimonio. Los siete sellos parecen presentarnos los juicios introductorios que han de ser ejecutados en gran parte por medio de agencias humanas. Los juicios de las trompetas son ejecutados a través de agencias providenciales, más particularmente parecidas a aquellos realizados en la tierra de Egipto, sangre, granizo, y la muerte que viene, sobre todo. Estos sin duda simbolizan la muerte espiritual también. Hay otra cosa que notar; ellos son visitados más particularmente sobre la tercera parte de la tierra. Eso parece ser el occidente, o el imperio romano.

Cuando llegamos, sin embargo, a las trompetas quinta y sexta, que son tratadas más detalladamente, estamos en oriente. El pozo del abismo es abierto y de éste salen langostas. Esto parece caracterizar la venida del anticristo. Las hordas del oriente sin duda significan lo que es conocido en las Escrituras como el Asirio.

Después tenemos un intervalo en los cap.10 y 11. Este es otro bello vistazo dentro de los pensamientos de Dios. Aquí vemos a Uno que desciende con un libro pequeño en Su mano, que parece estar en contraste con el gran libro, es decir, el rollo que estaba en la mano de Dios. Juan debía tomarlo y comerlo. Ese libro pequeño parece hablar de juicios terrenales definidos que han sido profetizados en gran parte por el Antiguo Testamento. En conexión con este libro pequeño tenemos el testimonio de los dos testigos.

Estos dos testigos se parecen a Moisés y Elías. Ellos son capaces de hacer descender fuego del cielo, transformar el agua en sangre. Moisés hizo lo uno, y Elías lo otro. Pero estos parecen ser típicos del remanente, el poder del testimonio del remanente durante el tiempo de estos terribles juicios y persecuciones. Esto sugiere que su testimonio es lo que honra a Dios por el envío de los juicios de las trompetas. En medio de esta terrible tribulación tenemos a estos hombres de Dios dando testimonio. En su persecución, muerte, y resurrección, tenemos un vistazo más allá del tiempo cuando Dios los levantará, justo como lo hemos tenido en el sellamiento de los 144.000. Después el séptimo ángel toca la trompeta, y hay una realización de todo, la conclusión de los juicios divinos y un cántico de alabanza.

En un sentido esto nos presenta el fin de los juicios de Dios sobre la tierra, pero deja todavía sin desarrollar el pleno cuadro del mal. Él nos va a presentar no solamente los juicios sino también la causa, la causa moral de ellos, y los que se nos presenta en la próxima porción que, vagamente hablando, son los cap.12-13.

El cap.12 nos presenta la persecución de Israel por parte del dragón. Tenemos el nacimiento del Hijo varón de Israel, de quien, conforme a la carne, vino Cristo. Tenemos al Hijo varón nacido que gobernará a las naciones con vara de hierro. Después tenemos en Su nacimiento al dragón tratando de devorarlo; Satanás esforzándose por destruir a Cristo en Su nacimiento. Debemos recordar como Herodes persiguió al Señor, y como José fue dirigido a huir a Egipto hasta la muerte de Herodes. Después es perseguida la mujer, el Hijo varón habiendo sido arrebatado al cielo para Dios y Su trono. La mujer huye al desierto donde tiene un lugar preparado por Dios, donde ella es alimentada por 1260 días; y entonces hubo una guerra en el cielo.

Ahora, aquí tenemos ante todo en el Hijo varón arrebatado al cielo para Dios y Su trono, toda la dispensación cristiana. Este es Cristo y la iglesia como uno, y de este modo la iglesia es tomada con el Señor. Sabemos que el Señor se levantó y después fue llevado al cielo. La iglesia no ha sido arrebatada todavía. El testimonio de la gracia aún continúa, y los santos están siendo reunidos, pero en el espacio de ese breve verso el tiempo no es contado; la iglesia y Cristo son glorificados juntos. Esto es manifestado por el hecho que Israel aparece enseguida al frente.

La mujer tiene un lugar preparado donde ella huye y es protegida, eso nos recuerda lo que nuestro Señor ha dicho al remanente en cuanto a lo que éste debe hacer en los días de persecución. *“Los que estén en Judea huyan a los montes”*. Allí ellos son protegidos de la especial malicia de Satanás. Ella huye al desierto, y cuando el dragón quería destruirla, cuando él arrojó agua de su boca para tragarla, la tierra abrió su boca y se tragó el agua. Eso nos presenta la protección providencial del remanente de Israel bajo los ataques de Satanás.

Después se nos dice claramente quien es el dragón, la serpiente antigua, el diablo y Satanás. Hubo entonces guerra en el cielo. Hasta este tiempo Satanás ha estado en lugares celestiales, y continuará allí hasta que Miguel lo arroje a la tierra. Un coro de aleluyas tiene lugar en el cielo cuando el acusador de los hermanos es expulsado de allí, cuando los cielos son purificados no sólo por sangre, como lo fueron cuando nuestro bendito Señor entró allí con Su propia sangre— la promesa de que el trono de justicia de Dios fue plenamente mantenido, —pero ahora purificado de la misma presencia de Satanás; él es arrojado fuera, para ser echado en el futuro al pozo del abismo, donde pertenece. Pero primero él debe esperar un breve tiempo sobre la tierra, y él tiene gran ira, porque sabe que le queda poco tiempo.

Ese breve tiempo es sin duda tres años y medio, que encontramos constantemente en Daniel y Apocalipsis; los 1260 días, 42 meses, y el tiempo, tiempos y medio tiempo, o tres años y medio, son el mismo período, la última mitad, sin duda, de la última semana de la profecía de Daniel, cuando todo será encabezado, y el mal alcanzará su más alto punto y tratará de destruir cada testimonio para Dios en la tierra. ¡Cuán bueno es saber que habrá un remanente

aun en estos días!

Después tenemos a la bestia y al falso profeta; ambos se nos presentan en el cap.13. Sólo puedo decir que la bestia representa al cabeza satánico del reavivado imperio romano. En esta tercera sección tenemos un carácter satánico para todo. Tenemos al dragón, Satanás mismo, la bestia energizada por Satanás, y el falso profeta, o anticristo, que es el administrador de todo el poder de la bestia. Todo es satánico. Aquí tenemos una forma de trinidad de mal. Primero a Satanás, el cabeza de todo; después a la bestia demandando ser divina, y su imagen levantada para ser adorada; y finalmente, el anticristo, esa aborrecible figura de toda la historia profética, porque él está usurpando el lugar del más bello, bendito, y precioso Cordero de Dios. Aquí él se atreve a asumir la forma de cordero, pero habla como dragón, y todo lo que hace huele al pozo del abismo y el lago de fuego, donde encuentra su retribución. Eso es todo lo que podemos decir acerca de estas personalidades, en conexión con las persecuciones y juicios que tendrán lugar y que son descritos bajo la séptima trompeta, y cuán incompleto sería el libro sin estas descripciones.

Eso nos lleva ahora al cap.14, que nos presenta otros dos prominentes pensamientos. Tenemos ante todo al Cordero con 144.000 en el monte Sion y su cántico, el cántico de los redimidos, que ellos han aprendido, es como del cielo mismo, pero que ellos cantan sobre la tierra. Hay algunas dudas en cuanto a quienes son estos 144.000. Algunos han sugerido que estos pueden representar al remanente de Judá, como los otros representan al remanente de Israel; pero me parece que el remanente de Judá difícilmente sería mencionado como 144.000. En estos mismos números tenemos una sugestión de que éste es el mismo remanente que fue sellado en el cap.7, el complemento de toda la nación. Allí los vimos sellados y aquí los vemos con el Cordero. Todos los sellados tendrán su lugar con el Cordero. Después tenemos el evangelio eterno, es decir, el evangelio que apela al hombre como criatura de Dios, diciéndole dos cosas: primero, que los juicios de Dios están viniendo, y que deben temer a Aquel que es el Creador de todo. Después está la advertencia contra recibir la marca de la bestia, y el anuncio de la caída de Babilonia. En la última parte del capítulo tenemos a Aquel viniendo sobre una nube, como Hijo del hombre. Él primero reúne en la siega, después viene la vendimia. En estos dos actos simbólicos tenemos primero el juicio de los justos y los malos, la reunión de las naciones, justo como lo tenemos en Mt.25. En la vendimia tenemos juicio puro de la ira de Dios tal como lo vemos en Isa.63, donde el Señor viene de Edom con sus vestidos manchados con sangre, porque ha pisado el lagar de la ira de Dios.

Esto nos lleva a los cap.15 y 16, donde tenemos las copas que se nos dice, están llenas con la ira de Dios. Ellas parecen presentarnos las características de las plagas y pertenecen evidentemente al tiempo de las trompetas, probablemente a la última parte. Aquí parece que tenemos conectados lo que es completamente similar con los juicios de las trompetas. ¡Qué terrible derramamiento de ira habrá cuando estos ángeles derramen estas copas, y sus

plagas sobre la tierra! Estas nos sugieren las ofrendas de bebida. Gozo en un Dios rechazado trae realmente dolor.

Después tenemos el juicio de Babilonia descrito aquí en términos no medidos. Esto es descrito en su verdadero carácter, y es puesto en conexión con la bestia, el poder imperial sobre el que se sienta, la ciudad con siete montes. Ella se sienta como una reina jactándose de su dominio y poder hasta que las naciones de la tierra la despojan, y Dios mismo cumple Sus terribles juicios que son descritos aquí en las lamentaciones de aquellos que negociaban con ella. Como una gran piedra fue arrojada al mar y juzgada para siempre. Lo que la ha hecho merecedora de este juicio es que esta gran ramera ha contaminado los reinos de la tierra. Tiatira y Laodicea van a formar Babilonia cuando ella sea juzgada. La ciudad e iglesia del hombre, la corrupta ramera que profesaba ser una virgen casta de Cristo, encuentra su condenación, y entonces tiene lugar en el cielo las bodas del Cordero. La esposa se ha preparado y está adornada como una esposa para su marido. Ella entra con su Señor a las bodas cuya fiesta nunca termina y cuya fiesta se celebrará a través de toda la eternidad, y el amor de su desposorio nunca se perderá como fue en la tierra, —cómo fue en Éfeso. Ella es llamada la novia, no la esposa solamente, porque en el término tenemos el gozo, amor, y ternura conectado con el mismo comienzo de la unión que perdurará para siempre. Ella siempre será la novia, —“la novia, la esposa del Cordero”.

Tenemos el matrimonio o fiesta de bodas antes de que Él aparezca sobre el caballo blanco para enfrentar a los ejércitos de Satanás. La bestia y el falso profeta hacen su último gran esfuerzo. Ellos son tomados, Satanás es atado y encerrado en el abismo, la bestia y el falso profeta son arrojados vivos al lago de fuego, y se entrega la invitación a las aves del cielo a venir a festejarse sobre la tierra, de aquellos que se han negado a entrar en las bodas del Cordero. ¡Qué solemne es pensar en aquellos que forman parte con los que han rechazado las bodas del Cordero! Ellos serían enemigos del infinito amor, y el infinito amor no podría hacer nada sino juzgar eternamente a aquellos que lo rechazan y desprecian.

Después tenemos en el cap.20 a Satanás atado, lo que señala el Milenio del cual a menudo hablamos, y del trono del Señor al cual estará asociado Su pueblo con Él en juicio. Aquí encontramos la primera resurrección incluyendo a todos los que han sido resucitados mostrando que aún los martirizados santos en la última terrible persecución tendrán su parte en esta primera resurrección. Bienaventurados y santos son aquellos que son partícipes de esa resurrección, de la cual Cristo es las Primicias (1ª Cor.15:23).

Al final del milenio Satanás es soltado por un breve tiempo y él sale y reúne nuevamente un gran ejército. ¡Qué terrible comentario de la corrupta y desesperanzadora condición del corazón humano! ¡Después de mil años de bendición, cuando Cristo ha reinado sobre la tierra, habrá naciones dispuestas a someterse al mal que les dirá que Dios no es bueno, y que el reino de Cristo no

es una bendición! El ejército de las naciones subirá para pelear contra Dios, pero sólo encontrará su juicio desde el cielo. Hay sólo una respuesta que Dios puede dar a eso; el fuego del cielo los destruirá, y el dragón, Satanás, que ha puesto mentiras en sus corazones y en los nuestros acerca de Cristo y de Dios, finalmente encontrará su destino y condenación final; él será arrojado al lago de fuego “*preparado para el diablo y sus ángeles*”.

Después tenemos el destino de aquellos para quienes éste no estaba preparado, pero que han escogido el lago de fuego antes que la ciudad celestial; quienes han rechazado la gracia, y que son juzgados no solamente por los libros en los cuales estaba el registro de sus vidas, sino que serán juzgados porque sus nombres no estarán inscritos en el libro de la vida del Cordero. Esto nos presenta un doble carácter de juicio— por una parte, debido al pecado del hombre, y por la otra, su rechazo de Cristo.

Y después, cuando todo ha sido purificado, cuando el último desdichado encuentre el destino que ha insistido en tener, nuestros ojos son abiertos para ver esa hermosa ciudad, como una novia adornada para su marido, que desciende y entra en intimidad con la tierra. Vemos ahora los cielos y tierra nuevos, donde el mar, que nos habla de separación y muerte, de tormentas e inquietudes y maldad, ya no existe más. Vemos la ciudad celestial con sus habitantes, sin duda con Israel como la principal nación, y las otras naciones enlazadas con Israel, en feliz, y eterna bendición sobre la tierra. Vemos a la ciudad celestial, la morada del Cordero y de la iglesia, con todos los redimidos celestiales, los santos del Antiguo Testamento— y allí para siempre en feliz e íntima comunión.

¿Nos atreveríamos a hablar de eso? ¿Quién podría describir eso que, y lo digo reverentemente, el mismo bendito Dios ha visto adecuado darnos en símbolos que revelan y ocultan parcialmente las glorias detrás de ellos? Todo brilla con la gloria de Dios, la gloria de Dios es luz. No hay nada sino aquello que es precioso y permanente en conexión con todo esto. No hay necesidad de sol, de la luz de la naturaleza allí. Durante todo el milenio, sobre el día de esplendor, brilla siempre el testimonio de lo que es la iglesia en los pensamientos de Dios. Aquí tenemos lo que Caín trató de edificar en su propio poder, pero sólo construyó un lugar de alejamiento de Dios— el hombre tratando de hacerse él mismo confortable en un lugar donde Dios ha pronunciado la maldición. Pero allí, donde no hay más maldición, y donde el trono de Dios y del Cordero está, y donde Sus siervos le servirán, Su nombre estará sobre sus frentes. Allí tenemos, sin maldición, la ciudad de Dios en contraste con la del hombre. Él no se avergüenza de ser llamado nuestro Dios, y nos ha preparado una habitación.

Comenzamos hablando de alabanza, “*a Aquel que nos ama y nos lavó de nuestros pecados*”, y cerramos nuestro libro con nuestros ojos abiertos sobre esa ciudad que es Su hogar y por gracia, nuestro hogar. Pasamos a través de los mares de juicio y las tormentas de ira. Estos han pasado para siempre, y hay un eterno descanso y gloria, estaremos con Él para Su alabanza. Eso es lo que está

ante nosotros, ¡Y cuán pronto! ¡Y qué gracia, amados, qué infinita gracia la de nuestro Dios de tomarnos arriba! —indignos como somos— que hemos lavados nuestras ropas, y emblanquecido en la sangre del Cordero— tomados arriba, y darnos un lugar allí, con Él mismo en esa ciudad.

Jesús está allí y donde Él está, nos ha dicho, Su pueblo también estará. Podemos esperar por esto. Si Abraham esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo edificador y constructor es Dios— podemos, con más luz que Abraham, tener al menos, el corazón peregrino de Abraham, para poder esperar y mirar por esa ciudad que tiene fundamentos. Podemos ser característicamente ciudadanos del cielo y no ser celosos por la pobre ciudad del hombre, con toda su jactancia, y, aun así, es una habitación de iniquidad. Miremos arriba, a esa brillante, santa y gloriosa ciudad, —la novia del Cordero, y que podamos decir que toda la esperanza que tenemos es tener nuestro lugar allí con Aquel que es siempre la gloria del mismo cielo.

Cerramos nuestras Biblias, —hemos llegado al fin de nuestro tema en una pobre forma, —y con ojos sobre el querido hogar que nuestro Dios nos ha dado con Jesús. De esta manera el fin de nuestras Biblias nos lleva a la ciudad celestial donde Jesús es todo en todos.

Samuel Ridout